

# "Mi hermana perrita"

(Carta a un amigo)

POR

ALEJANDRO LERROUX

Ex-presidente del Consejo de Ministros  
de la República Española

El trabajo inédito, original de don Alejandro Lerroux, que reproducimos en estas páginas, puede considerarse como un capítulo de sus Memorias inéditas y también como una página de un curioso Diario, escrito por el popular político republicano. En esta «Carta a un amigo», y a la vuelta de una sencilla, emotiva y verdadera historia, en que el anciano cuenta la vida y muerte de su perrita «Guau», nos comunica también sus inquietudes y zozobras, profundamente conmovido por los trágicos sucesos que enlutaron tantos hogares españoles.

También se descubre en esta página, confidencial e inédita, de don Alejandro Lerroux una faceta de su espíritu, tan hondamente sentimental, y capaz de matices de ternura que sobrepasan la esfera de los seres humanos y alcanzan a los animales, cuya «psicología» comprende, observa y pinta admirablemente, con un ejemplar franciscanismo. En estilo llano y amable están escritas estas notas, que, siendo trasunto fiel de una auténtica y próxima realidad personal y familiar, tienen esa suave y difícil poesía—con indudable atractivo literario—de un cuento de Carlos Dickens.

ESTOY apenado. Siento necesidad de desahogarme un poco y he pensado en usted para confidante de esta pena mía. ¿Por qué he pensado en usted y no en otro amigo de los que no me han abandonado? Porque usted es más sensible, más tierno, más emotivo todavía que yo. Además he recordado que a usted le debo haber conocido aquel libro tan interesante que se titula «La psicología del llanto».

No es fácil explicar lo que me ocurre, pero yo he de contarle, aunque me cueste un poco de rubor. En la vida no es todo grande y heroico y sublime más que en las novelas y en los Epítomes de Historia, que también suelen ser novelas. En la vida humilde y modesta, minúscula si se quiere, también se dan motivos de hondas emociones.

Estará usted pensando que a dónde voy a ir a parar. Tenga usted un poco de paciencia y escúcheme con alma fraternal. Hace muchos años me regalaron en Barcelona un precioso ejemplar de perra policía, pura raza, cachorra. Me la llevó a Madrid y de allí a San Rafael. La bauticé con un nombre onomatopéyico para entenderme con ella en su propio lenguaje. Yo la llamaba «Guau», y ella me respondía ¡guau!

«Guau» se prendó de mi hijo. Le acompañaba a todas partes, y por las noches dormía debajo de su cama. Por aquel entonces, un rapaz de pocos años, familiar mío, que también tenía en su casa un perro, hubo de ser operado nada menos que tres veces consecutivas de otros tantos quistes hidáticos, fruto frecuente del trato demasiado íntimo de los niños con la raza canina. Lo recordé espantado y di orden a rajatabla para que desde aquella misma noche la «Guau» durmiese fuera de la casa. Había en la finca numerosos y confortables rincones donde recogerse, y yo confiaba en que así lo haría; pero el fiel animal prefirió colocarse de centinela en la puerta posterior, precisamente enfrente de la sierra, ya blanqueada de nieve.

Al principio de la noche reclamó con imperiosos aullidos, que poco a poco se convirtieron en súplicas lastimeras. Cuando a la mañana siguiente entró, arrastrándose humilde y acobardada, fué a acostarse en el rincón más escondido de la casa. Al otro día la consumía la fiebre: el veterinario diagnosticó una pulmonía y dos después se murió. Mi bárbaro rigor la había matado.

Entonces, no, porque me absorbían otras preocupaciones; pero después no he podido recordar una sola vez este episodio—y lo he recordado muchas—sin sentir esa tristeza, ese malestar espiritual, que debe ser lo que llamamos remordimiento.

De entonces acá el tiempo ha pasado muchas veces sobre mi corazón la apisonadora de su cilindro. He tenido otros perros y otros animales en torno mío: «Hermana vaca, hermana paloma, hermano ruiseñor...» Pero no es a estos hermanos a los que debo la experiencia cruel de traiciones, ingratitudes y decepciones fratricidas.

Llevo más de dos años sufriendo la pena de una soledad ofensiva, de un destierro angustioso, de una puñalada diaria con cada noticia trágica que llega y amenazado de mayores desgracias. No, que yo sepa; todavía no ha sido sacrificado hombre o mujer que lleve mi apellido; pero hermanos del alma y del corazón, ¡cuantísimos! Pues ¿qué eran, sino hermanos míos, Abad Conde, tan bueno; Rey Mora, tan inteligente, Salazar Alonso, tan leal y tan adicto, y mil amigos más que pasaron a ser mártires de la Patria y de la República? Raro es el día que no viene un nombre nuevo a sumarse a la gloriosa legión. Espanta la estadística de los que, además, están pereciendo en la tremenda lucha fratricida, invocando en su mayor parte el nombre de la madre Patria. Cuando han muerto, yo ya no distingo de colores. En eliminando de la amnistía de mi piedad a los profesionales del crimen por inducción o ejecución, a todos los demás les cubre como un sudario de perdón la bandera de la Patria común.

La Prensa, la radio... ¡nada! Los días pasan tan lentos... Las horas pasan tan tristes... Siempre las ametralladoras, el cañón, la bomba. No se oye una palabra de paz; no se vislumbra la esperanza de que termine el horror de tanta sangre derramada por los hijos de la misma madre.

Y nosotros seguimos aquí, al borde del mar, como si todavía la desgracia hubiese de empujarnos a más remotos destinos; la familia, sin hogar y sin Patria, sintiendo pasar los días tan lentos y huir las horas tan tristes...

Nos acompaña una «hermanita perra», \* \* \* menuda, inteligente, cariñosa. Ha estado

en campaña y ha sufrido el bautismo de fuego. Los cuatro primeros días de la guerra los aguantó en mi casa de San Rafael, a dos kilómetros del Alto del León, loca de espanto ante las explosiones y estampidos, encerrada en un sótano, de sol a sol, todo el tiempo que el aviador Reixach se dedicaba valientemente—e impunemente—a tratar de bombardear los edificios en que se amparaba toda mi familia.

La perrita, al dispersarse la «tribu», se refugió en casa de una de nuestras sirvientes. Poco después pasó la frontera y se nos incorporó. La «hermana perrita» ha vivido muchos meses feliz... La llevábamos de paseo, estos paseos melancólicos de los emigrados, en que las personas parecen saucos ambulantes. «Danny» perseguía a los «hermanos gatos», sospechando que pertenecen al Frente Popular; cogía en el aire y traía a la mano pelotas que lanzábamos para que hiciera ejercicio; saltaba a la comba, se lanzaba desde el malecón a la playa en saltos prodigiosos; se batía con las olas del mar para pescar los flotadores que arrojábamos, y luego hacía con sus manos un hoyo en la arena, donde se enterraba hasta el cuello para secarse y abrigarse.

Mis hijos, que eran los dueños de la perrita, tuvieron que ausentarse y nos la dejaron. No puede uno ir por el mundo a sus aventuras acompañado de una «hermana perrita», por bien educada que esté. «Danny» lo estaba. Era uno de esos ejemplares que cuando se ven expuestos en un escaparate, muestra de fabricación artificial, la gente dice: «Parece de carne y hueso»; y cuando se les ve por la calle saltando y brincando, la gente dice: «Parece de trapo.»

Se fueron sus amos jóvenes y se quedó con sus amos viejos. Les vió partir desde la terraza y estubo largo rato observando temblorosa el horizonte. Parecía que pensaba. ¿Pensarán los perros? Si por pensar ha de entenderse filosofar, o poco menos, yo creo que no; pero si ha de entenderse reflexionar, discernir, yo creo que sí.

Nos preocupaba la actitud de la perrita, que se quedaba pensativa con frecuencia. Luego nos miraba... nos miraba... Debía querer decirnos algo o preguntarnos alguna cosa. De seguro que su alma pequeñita sufría alguna pena de amor; de amor a sus amos jóvenes, que por segunda vez la habían abandonado. Tal vez alguna decepción de aquellas que suelen expresarse con el conocido refrán: «Conque te vas y me dejas y decías que me amabas...» La «hermanita perra» cerraba el paréntesis con un gesto despectivo que acaso era la expresión mímica del tercer verso que se omite en el copiado refrán.

Eran tan dócil, tan sumisa, tan afectuosa, que, sin duda, para consolarse de lo que ella, en su candor, suponía ingratitud de sus amos jóvenes, visitaba uno por uno a sus amos viejos, pidiéndoles caricias y, de paso, alguna golosina. La queríamos como algo cuya separación definitiva habría de apenarnos en cualquier momento; pero, sobre todo, en estas circunstancias, en que la sensibilidad vive en permanente estado de hiperestesia.

En cuanto se ausentó el matrimonio joven y fué despedida la «avisada» «Mene-gilda», quisimos aminorar preocupaciones y disminuir déficits presupuestarios, y para ello los «cuatro viejos del Apocalipsis» resolvimos cambiar de casa. En efecto, quedamos mi mujer y yo, una ahijada que es medio vieja, y un antiguo servidor, que es, por sus costumbres y sus maneras de rancia estirpe y su buen juicio, viejo y medio. Total, cuatro viejos y la «hermana perrita».

Hemos encontrado una pequeña villa que parece una jaula colgada en cualquiera de los ocho árboles de su jardín, y hemos realizado la mudanza como la gitana del cuento, cogiendo cada uno su alcuza: «¿Qué, mare, nos muanos?» Porque así, poco más o menos, estamos nosotros para las mudanzas: con lo puesto que trajimos de España—y que va a empezar a caerse—, y lo que la necesidad industriosa ha fabricado después a fuerza de tricot, dejándose las mujeres los ojos en las mallas.

Cuando en la nueva casa estubo todo preparado, procedimos a nuestro propio traslado. Cogimos los últimos aperos y vestimos el suyo a la «Danny». La «hermana perrita» andaba inquieta y desazonada, mirando con ansiedad aquellos preparativos y tal vez observando que sus breves ladrillos interrogadores sonaban a vacío en el portal de la casa que dejábamos.

La «Danny» se vió detenida en el momento de partir por la correa de su corsé, para dejar paso a sus amos viejos. El animalito debió temer verse de nuevo abandonada y entonó, tiritando, una melopea conmovedora, con gritos de angustia, de tal manera dolorosos y suplicantes en el acento y en la intención, poniéndose de pies y levantando juntas las manos en actitud tan humanamente imploradora, que nos movió a compasión, y hubo que cogerla en brazos para calmarla.

¡Cuánto nos lo agradeció la «hermana perrita»! En la nueva casa la instalamos en el cuarto que debió servir para la criada ausente; la pusimos su colchoneta de paja renovable, un viejo jersey de lana para mullido y una pequeña manta de crochet. Pudimos figurarnos que de todos nosotros, la única «persona» feliz era la «hermana perrita». Nos engañábamos. «Danny», que permanecía soltera y virgen, sufría... pasión de ánimo, dolencia que repercute gravemente en los intestinos de los perros. La medicamos según experiencias y consejos.

¡Pobre «Danny»! Nos pedía con angustiosa frecuencia salir al amplio jardín, y allí se pasaba largos ratos haciendo esfuerzos comprobadamente inútiles. Se colocaba pudorosamente al socaire de algún árbol o de alguna planta, y nosotros respetábamos su decencia, vigilándola por detrás de los visillos, al verla en aquella postura inconfundible, tan cómicamente característica, de los perros.

¡Pobre «Danny»! La pena y las dificultades intestinales la estaban matando. Cuando salía de éstas, corría a consolarse de aquella cerca de nosotros, no siempre oliendo a rosas. Nos acariciaba, se echaba en el suelo y nos presentaba su barriguita, como señalando el lugar de su daño. A las once de la noche nos dejaba escuchando la radio, trepaba por la escalera y se metía en su «alcoba». Poco después subía yo a la mía. Me estaba esperando. La acariciaba, hablábamos un poco, la tapaba con su mantita y allí se quedaba, sin bullir hasta que se levantase el primer madrugador.

Una mañana no se presentó a pedirme su parte en mi desayuno. ¿Qué tendría la perrita? Estaba enferma. La llamábamos, se acercaba obediente y triste y se tendía en el suelo. Bebía mucha agua. Por la tarde, aquel vientrecillo se descompuso en términos de que no quiero acordarme.

Entre «su tío» y yo—el aludido me entiende—la lavamos. Con mis propias manos, al chorro de la fuente del jardín, la limpié cuidadosamente el prolongado morro y los bigotes. La «hermana perrita» me lo agradecía con miradas humildes y hasta pretendía obsequiarme laminiéndome la mano bienhechora. En seguida volvió a las andadas. Se puso en condiciones de ser imposible albergarla dentro de casa. «Su prima»—la aludida me entiende—y «su tío» la limpiaron de nuevo. Su tío la confeccionó una batea de tablas, y sobre ella, un mullido jergón de paja. La acostó, la arropó y la cubrió con un gran cajón de madera, en cuyo costado practicó una escotadura que sirviese de puerta. Y este canil improvisado se acomodó bajo un cobertizo, pero fuera de la casa.

Al acostarnos previne que no acudiese nadie, aunque se oyese ladrar a la perrita. La visité en su canil y le acaricié su cabezita. Todavía me respondió moviendo nerviosamente su pequeño rabo. A poco de estar todos en la cama, «Danny» salió de la suya y se puso a ladrar humildemente junto a la puerta, reclamando su aposento. Insistió media hora, levantando el diapasón. Se calló y no se la volvió a oír en toda la noche.

El día siguiente lo fué de lenta agonía para la pobre perrita. No quiso comer nada, ni sus galletas preferidas. Se pasó las horas... derritiéndose. Se acostaba en la tierra húmeda, en los macizos de plantas, buscando frescura. Con la mirada respondía a nuestros llamamientos cariñosos. No se quejaba. Éramos nosotros los quejumbrosos. Cambiaba de sitio. Iba al pilón de la fuente y se ponía de pies para alcanzar el grifo. La acercamos a otro más cómodo y lo abrimos. «Danny» se puso a cavar con una de sus manos en el hoyo que iba abriendo en la tierra el chorro del agua.

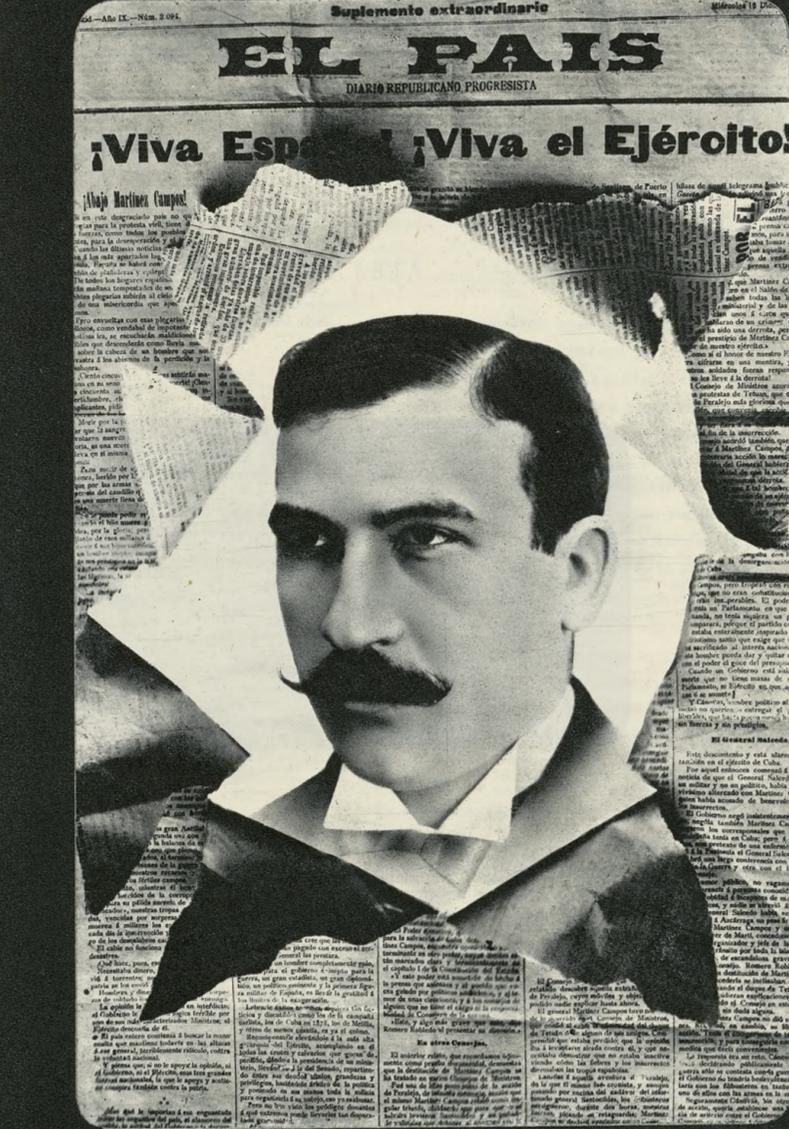
A las cinco de la tarde su «prima» y su «tío» la hicieron de nuevo la «toilette». Parecía gozar con la limpieza y con la caricia del agua caliente. Pusieronla de pies para secarla. Fué la última vez que la vi.

¡Querida «hermana perrita»! Era su espectro. En solos dos días de ayuno y de fiebre se quedó flaca, macilenta, abatida. Sus ojos, antes tan vivos, parecían oblicuados. Respondía con miradas de la más honda tristeza a nuestras palabras de cariño. Alzó un momento la cabezita para mirarme al escuchar mi voz. Su tío la cogió dulcemente y la acostó en su canil, como la noche anterior. Se acomodó, luego de hacer esa rueda tan peculiar de los perros cuando van a dormir; apoyó la cabeza como buscando aire en la escotadura de la puerta, y mi pobre «hermana perrita», tan querida, se dispuso para el último sueño. A las seis de la tarde entraba su «tío» emocionado a decirnos: la «Ratita» se ha muerto. Cada cual la había puesto un nombre al antojo de su cariño.

Nos quedamos muy tristes. Todos sentimos la sensación de que nos quedábamos un poco más solos. Todos teníamos ganas de llorar y ninguno lloró, acaso por no parecer ridículo. Y, sin embargo, estoy convencido de que aquella noche más de uno debió enjugarse las lágrimas con el embozo de la sábana.

El «tío» de la «hermana perrita» se levantó muy temprano, cavó una fosa profunda en un macizo del jardín, entre un viejo rosal y un árbol, y allí enterró a la «Danny» envuelta en un periódico.

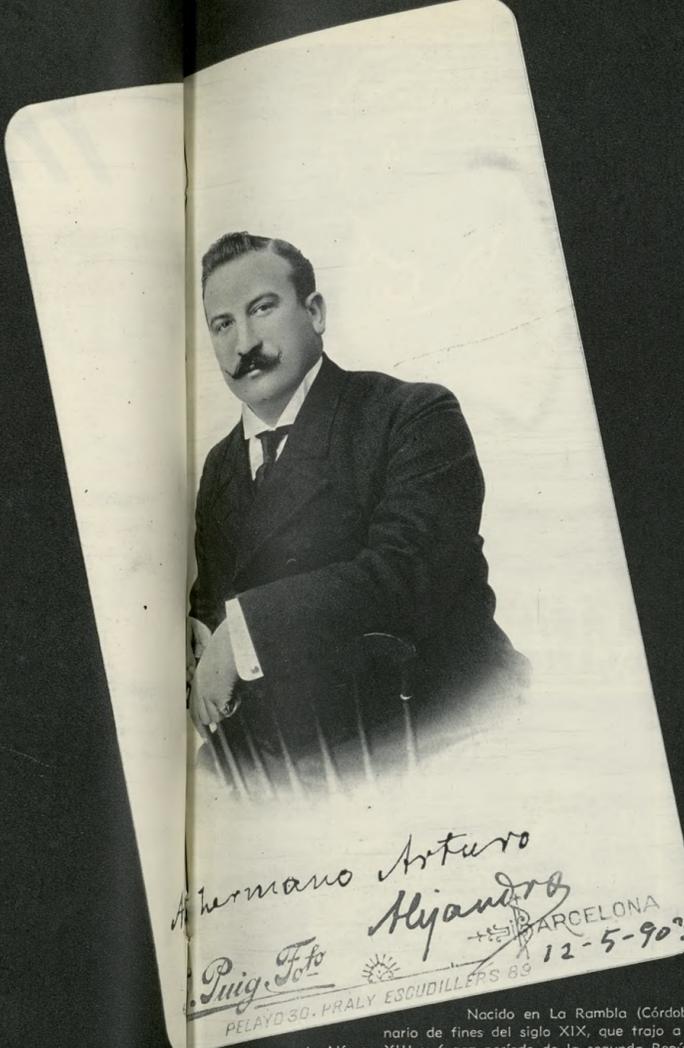
Desde aquel día todos, sin faltar uno, su «tío» y yo,



Arriba: Don Alejandro Lerroux en tres épocas de su vida.—A la izquierda, Lerroux en sus años juveniles, cuando ocupaba la dirección de «El País», época agitada de campañas periodísticas y «lances de honor».

En el centro, Lerroux, diputado a Cortes y ya popular como jefe de una minoría parlamentaria. A la derecha, don Alejandro Lerroux en los tiempos en que presidía el Gobierno de la segunda República española.

Abajo: A la izquierda, don Alejandro Lerroux en la intimidad de su vida familiar, con su esposa y sus hijos.—A la derecha, don Alejandro Lerroux, rodeado de los periodistas, después de haber sido designado para presidir el Gobierno, en 1935.



Nacido en La Rambla (Córdoba) en 1864, don Alejandro Lerroux fué un político liberalrevolucionario de fines del siglo XIX, que trajo a la vida política española del primer tercio del siglo XX—monarquía de Alfonso XIII y fugaz periodo de la segunda República—su republicanismo, con equivocaciones humanas, pero, sin duda, de buena fe.

Lerroux podrá ser discutido política e ideológicamente, pero hasta sus enemigos—que los tuvo a la derecha, a la izquierda y enfrente—no pudieron dejar de reconocerle un gran valor humano y una indiscutible nobleza en los procedimientos, así como un españolismo que en los últimos lustros alcanzó mayor madurez ideológica, con una comprensión profunda de los problemas de Gobierno y un depurado sentido de la responsabilidad y la autoridad, que consideraba compatible con la más auténtica libertad.

Periodista combativo en su juventud, la época en que era necesario sostener las propias ideas con el sable y la espada, además de con la pluma, llegó numerosas veces al «terreno del honor», tanto antes como después de alcanzar la dirección de «El País». Diputado a Cortes desde muy joven, su carrera política culminó en la jefatura de un partido y de una minoría parlamentaria, con alternativas en el Poder y en la oposición. En su larga y agitada vida política hubo, sin duda, errores que no es éste el momento de discernir, ya que dicha tarea pertenece a la Historia, y tuvo aciertos que no le hemos de regatear ahora, cuando está fresca aún la tierra que cubre su tumba.

Entre otros hechos que prueban su patriotismo, está el haber ordenado en 1934, siendo presidente del Consejo de Ministros, la exploración y anexión a España de los territorios de Ifni, en el Oeste africano. Terrenos que hoy constituyen una floreciente colonia española, que no nos costó ni un tiro ni una gota de sangre. Hechos como éste dieron a su figura un relieve político por encima de las luchas, las ambiciones y las propagandas que lo rodearon. Fué ministro de Estado y de la Guerra, presidió siete distintos Gobiernos, y siendo ministro de Estado presidió la Sociedad de las Naciones, lo que demuestra que su personalidad había adquirido también un destacado relieve en los medios internacionales.



con el pretexto de tomar el aire después de almorzar, nos encontramos en el cementerio de la «Danny». Yo hago como que limpio el rosal de sus hojas secas y sus ramitas muertas; su «tío» da vueltas alrededor del macizo. Los dos hacemos lo mismo: visitar a nuestra «hermana perrita».

Durante algunos días he estado yo conteniendo unas ganas irresistibles de llorar. La familia podría pensar que los años, la medula, la presión arterial... Y si alguno menos íntimo y menos indulgente me viese, ¿qué diría? Dirá que es una sensiblería ridícula; que cuando tantos seres humanos perecen en una lucha cruel sin que nos mate la pena, llorar porque se muera un perrucho es una enfermedad o una estupidez.

Perdón, señor, si lo hubiere y quien quiera que seáis: ni lo uno ni lo otro. Si tuviese usted en el alma un remordimiento como el que acabo de relatar; si le hubiesen a usted robado, saqueado, destruido un hogar y un modesto patrimonio levantado día por día en cuarenta y cinco años de vida conyugal; si tuviese usted en peligro de muerte hermanos y familiares; si le hubiesen a usted asesinado a centenares los amigos y a docenas aquellos otros que eran depositarios de su confianza, consejos de su acción, colaboradores de sus esperanzas; si todo eso viniese sobre usted en el caso de una vida colmada de luchas, persecuciones, procesos, prisiones, destierros, emigraciones, calumnias, injusticias; si hubiese usted consagrado toda una vida al servicio de un ideal y hubiese usted jugado su cabeza por la unidad de su patria y cuando ésta le pareciese asegurada por el triunfo de aquél la República se hundiese, traicionada por los recién venidos y la patria se dividiese en una guerra civil espantosa; si viviese usted de milagro lejos de su país y cuando pretendiese volver a él se le cerrasen las puertas como si se tratase de un enemigo público; si llevase usted en el corazón una herida abierta, todavía reciente, por la traición del preferido entre todos sus amigos, y otra por la muerte inesperada de una de esas amistades raras en la vida, que pueden servir de modelo a la bondad; la lealtad, el desinterés y la gratitud; si viese usted pasar los días sin correspondencia, las noches en vigilia vestida de luto, las horas forjando esperanzas de la nada para sostener los ánimos de los suyos; si cuando le rindiese a usted el pesar o le venciese la fatiga y el oído se cerrase para la Radio y los ojos para la Prensa y, descansada la pluma, su mano colgase desfallecida a lo largo del cuerpo y sintiese en ella la caricia del «hermano perro» que no le abandona y que parece querer consolarle a su modo, ¿qué pensaría usted entonces del perro? ¿Es un amigo o un enemigo? ¿Es humano o sobrehumano?

Los perros jamás son perversos, ni desleales, ni traidores... Al fin «he saltado el trapo». Si, amigo mío, no he podido contenerme. Una de estas tardes, más triste que de ordinario no sé por qué, me he encontrado solo entre el rosal y el árbol, de espaldas a la casita, y he llorado sobre la tumba de «Danny», que se fué para siempre, ¡ay!, como se me han ido tantas ilusiones.

¡Que no tienen sensibilidad los perros! Más y mejor que los hombres, seres egoístas que sacrifican hasta los más nobles sentimientos a cualquier repugnancia física. Tan egoístas que hasta creo que las lágrimas que yo he derramado por la muerte de mi «hermana perrita» son una prueba de mi egoísmo. Porque he dado en pensar si habré llorado, cobarde y egoísta, más que compadecido de aquel noble animal tan bueno, compadecido de mis propias penas...

¡Ah, sí! Déjeme usted que vuelva a recordarlo. Tenía razón el que dijo con amarga y sentenciosa ironía: «Cuanto más conozco a los hombres, más quiero a los perros.»

Y perdone usted el desahogo, amigo mío. Es un documento que le ofrezco para mayor ilustración de la «Psicología del llanto».

Estoril, 1943.



En junio último llegó la muerte para don Alejandro Lerroux. Él supo recibirla en cristiano, y el clero parroquial acompañó a su cadáver por las calles de Madrid.